

LA BOHEMIA ALEGRE

PUBLICACION MENSUAL

AGENCIA: Local de la Academia de Medicina.

UN CANTO

Amelia, la última creación de Epifanio Mejía, la que arrebatando la fantasía del poeta robó á su cerebro la chispa redentora, es aún casi desconocida por el público colombiano, pero sin conocerla se estima y sin buscarla se anhela.

Sólo dos fragmentos notables, pero que pertenecen á la parte media de la obra y que poco pueden servir, por tanto, para juzgar de su mérito, han visto la luz. Hoy se honra *La Bohemia* al estampar el primer canto—inédito—del poema. Oculto éste desde su nacimiento en las brumosas profundidades de la mente del autor, y sepultado en la misma tumba que su razón muerta, dejando como huella algunos retazos únicamente, parecía para todos nosotros, algo así como esas ilusiones flotantes que nos forjamos de niños y que al deber realizarse se deshacen con premura. De allí el que, al escuchar esos cuartetos sonoros de labios de Epifanio, entre las cuatro paredes de una celda del manicomio, con voz clara, vibrante, como salida de ultratumba, tuviéramos la sensación de algo que habíamos conocido ya, pero que una mano misteriosa nos había fatalmente arrancado.

Talvez será esa también vuestra sensación al leer, y entonces podréis sentir todo lo bello que encierra ese canto; pero para los que hemos tenido el placer de oírlo recitar al hermoso loco—á quien nos parece ver aún, con su cabellera rubia en desorden, las barbas grandes y majestuosas—para los que hemos visto en esos momentos su rostro animado por extraña sonrisa, y brillar en sus ojos azules un fuego lejano, como el fulgor de muchas estrofas que estuvieran encerradas en ese cerebro, ya oscuro, buscando una salida; para nosotros, decimos, no sólo son be-

llas esas líneas, sino que nos arrebatan con su antioqueñismo encantador y sencillo, con sus tintes claros y brillantes como nuestro sol y con el perfume embriagante de nuestras vírgenes selvas.

T. Q. A.

Medellín-1896.



AMELIA

CANTO I.

LA CASA DE JACINTO.

Al pié de un alto monte,
En una playa amena y silenciosa,
Cercada de arrayanes
Tenía Jacinto su apacible choza.

Soldado de Bolívar
Jacinto fué, cuando la magna guerra;
Después soltó la lanza,
Cogió la azada y cultivó la tierra.

En las calladas noches,
Cuando la luna llena, en la montaña
Salía silenciosa
Del guerrero alumbrando la cabaña,

Jacinto rodeado
De su esposa y sus hijos, á la luna,
Les iba refiriendo
Las batallas ganadas, una á una.

Decía de Bolívar
Que al sonar en el campo sus espuelas,
Alerta se ponían
Los lejanos y mudos centinelas;

Que viejos generales
Tomaban en la mano los sombreros
Y paso franco abrían
Al bravo capitán de los guerreros.

De Córdoba decía
Que al toque de cornetas y tambores,
Ganaba las batallas
Con su decir aquél de "Vencedores."

De Girardot hablaba,
Hablaba de Ricaurte y añadía
Que vió cuando entre llamas,
Pólvora y humo hacía el azul subía.

Hablaba, en fin, de todos ;
Pero al mentar á Sucre y á Nariño,
Callaba el veterano
Y lloraba, gimiendo como un niño.

La esposa con sus hijos
Atentamente al veterano oía,
Lloraba si él lloraba
Y reía también, cuando él reía.

Entre el humilde grupo
De niños que alegraban la cabaña
Resaltaba una niña
Como, de noche, luz en la montaña.

Azules y brillantes
Eran sus ojos. Su garganta era
Pedazo de alabastro. En rubias ondas
Bajaba su rizada cabellera.

Jacinto en sus rodillas
Al contar sus historias la sentaba,
Y al acostarse, siempre
Con dos besos sus párpados cerraba.

—Papá, decía la niña,
Mañana voy á recoger mis flores
Y luégo se dormía
Soñando con aromas y colores.

—Papá! decía Jacinto,
Sintiendo del pesar las agonías,
No sabe la infelice
La negra historia de sus negros días.

Y triste, suspirando
Tomaba al acostarse el chocolate
Y luégo se dormía
Soñando con el humo del combate.

Al asomar la aurora
Jacinto en pié con su familia estaba ;
Sólo la blanca niña
Dormida dulcemente se quedaba.

Que le hagan silencio,
Decía el soldado á su mujer, y al campo
Salía cuando el monte
El sol hería con su rubio lampo.

Los árboles cortados
Bramaban al caer en la montaña.
¡Cuántas veces los ecos
Despertaron la niña en la cabaña!

Qué dulce que era entonces
Ver sus ojos azules espantados
Y ver sus labios rojos
Como claveles frescos y encarnados!

Preciosa flor del campo,
Yo por mi mal te conocí. Tu historia,
Como punzante espina,
Se goza atormentando mi memoria.

Te vi á la luz de un día,
Al cántico de alegres ruiseñores,
Andabas retozona
Buscando fresas y cogiendo flores ;

El céfiro jugaba
Enredado en tu rubia cabellera,
Brillaban tus mejillas
Cual rosas en naciente primavera;

Orlaban tus cabellos
Aromáticos gajos de jazmines.
Me pareciste entonces
La reina de los blancos serafines.

¿Quién te llevó á ese monte,
Flor solitaria de la selva umbría,
Paloma del desierto,
Rubio lucero del naciente día?

Un trono de oro y perlas
Debieras ocupar por tu hermosura.
¿Quién te llevó á ese monte,
Angel caído entre la selva oscura ?

Yo sé que tú naciste....
Pero es mejor dejarte en la ignorancia :
La azucena del monte
Tiene siempre escondida más fragancia.

EPIFANIO MEJÍA.

(Continuará en la entrega siguiente.)

EN UN ENTREACTO

Dábase esa noche la famosa ópera de Verdi titulada Traviata. Resuelto á proporcionarme un rato de placer á costa de mi bolsillo, se entiende, me dirigí muy temprano á nuestro cómodo Teatro, según ha dicho un chusco no recuerdo en qué parte.

Comenzaban á llegar nuestras elegantes damas acompañadas de sus respectivos caballeros. Recostado á uno de los pilares del vestíbulo, con un cigarro en la boca, las manos en los bolsillos, distinguí á mi amigo Carlos, mozo de veinte años, buena figura y mejor capital. Llamélo y después de saludos, preguntas y respuestas nos pusimos á observar las personas que entraban en medio de empellones.

Sonó la campana que anunciaba el principio de la función. Nos dirigimos á nuestras butacas, que por una feliz casualidad quedaban juntas. Alzóse el telón al romper la orquesta con el alegre brindis que nos hace recordar las estrepitosas orgías de la gran capital del mundo....

Terminó el primer acto entre ruidosos aplausos y nos pusimos á observar el grandioso espectáculo que formaba lo más selecto de nuestra sociedad allí reunido. Carlos lo veía todo con indiferencia y casi con desprecio.

—Quién es aquella hermosa rubia de ojos azules y melancólicos que parece nacida en las orillas del Rhin? pregunté á mi amigo.

—Qué romántico estás esta noche! me dijo.

—Déjate de necedades y contesta mi pregunta, le respondí.

—Bueno, chico. Sabe que no hay nada de nacimientos á orillas del Rhin. Esa linda rubia nació arrullada por la quebrada Santa Elena, es hija de un comerciante en puercos, y se casa con un militar pues está muy de moda entre las jóvenes el hacerlo con los hijos de Marte. Pobre joven! cuando rija el Código militar en su casa, sabrá lo bueno que es casarse con esos caballeres de espada y kepis.

—Y aquella otra tan rolliza y colorada que parece mujer de Ministro?

—La hija del abogado Borrego. Está tan gorda porque su padre no deja dinero á sus clientes, que mueren de hambre mientras su señora é hija engordan á toda vela. Son buenas gentes, no lo dudes!

—Y esa que está en el palco siguiente con un señor con cuello de violín?

—La chica del diputado Amato. Este es un señor más que bruto. Sin embargo es diputado por la bestialidad de sus conciudadanos que "se asoman al bolsillo antes que á la cabeza de los individuos".

—Y esa voluminosa matrona que tiene á su lado un escuálido serafín ?

—Esa es una suegra terrible. Ha tenido tres yernos, los cuales han muerto antes de probar la luna de miel. En este momento dirige una tierna mirada á aquel jovencito, como si lo invitara á seguir la suerte de los tres anteriores.

—Y aquel señor tan serio quién es ?

—Un discípulo de Hipócrates ó, mejor dicho, un agente de la muerte. Lo llaman á que vea un enfermo y á las cuatro horas le da pasaporte. Tiene un método nuevo para hacerlo. Sangra á los enfermos como si no murieran. Es un respetable señor, y sobre todo muy compasivo con sus clientes.

—Y aquella niña con boca de flauta y cuerpo de lagarto, cómo se llama ?

—Agapita. Está loca por conseguir novio y no lo ha podido lograr. Ya está tan aburrida que ha resuelto hacer el sacrificio de su virtud al primero que pase. Buen viaje, niña !

—Y aquella otra tan salada que viste de granate?

—Es la antipatía en pasta. Ha desechado muy buenos partidos. Unos por feos, otros porque son más jóvenes que ella. Esta última no es razón de peso y sin embargo casi todas la tienen como tal. Desde ahora le pronostico un largo celibato.

—Y la siguiente? Esa que tiene algo así como la torre de Pisa en la cabeza.

—Es la más *trisca* de todas las hijas de Eva. Se ríe hasta de su madre. Cree que es la más bonita de todas y no es cierto. Además es.....

Pero yo ya no prestaba atención á lo que mi amigo decía. Acababan de levantar el telón y aplaudía con frenesí el incomparable *di Provenza* cantado por el barítono Alberti y celebrado con estrépito por el público.

Medellín, 24 de Febrero de 96.

A. J. V.

—❖—❖—❖—

BERENICE

A la rubia cautiva una noche,
Con ahogado sollozo de pena
El amante galán suplicaba,
Puestas ambas rodillas en tierra:

—“Ven, huyamos! Tendido en el muro
El sedoso cordel nos espera;

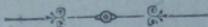
En la torre, no canta el vigía;
En la torre, no habrá centinela.

Y se vió desprenderse una sombra,
Y se oyó rechinar una puerta;
Un relámpago vivo el acero
Dibujó sobre el muro de piedra;

Y á la aurora, del asta, en la torre
Suspendidos mancebo y doncella
Compasivo aldeano miraba
Con la faz inundada de pena.

Octubre de 1895.

ABEL FARINA.



LOS BILLETES DE BANCO

A José Velásquez García.

Oh! qué diversas sensaciones experimento cuando veo una multitud de billetes por allí en los mostradores de las tiendas, en las cajas de fierro ó en las manos de un Creso. Algunos me infunden asco, desprecio; otros me inspiran respeto y los considero como á personas á quienes hay que rendir homenaje. En otras ocasiones lo que siento por ellos es un amor desmedido, sobre todo cuando llevan en sus vestidos el número 1 seguido de ceros; entonces, si es que los poseo, los mantengo bien dobladitos en mi cartera y los estoy viendo á cada momento, para, en el caso de que les dé el capricho de salir á recibir buenos aires, poderlos detener y hacerles sentir mi autoridad; y si lo único que hago es contemplarlos por ahí, en las manos de un hombre, infame, los compadezco y me da un deseo de libertarlos... que á no ser por la prohibición que hace el séptimo mandamiento y por el temor á esos policiales de casco blanco y galones colorados, lo haría con el mayor gusto. Es tan saludable proteger á los débiles!

EL BILLETE DE 10 CENTAVOS.—Vaya un billete! Este es un chiquillo harapiento y sucio, que sale á todas horas del día ó de la noche; parece un *embolador* maleriado. Se le ve en todas partes, en los grandes almacenes, en las tiendas, en las botillerías, en las carnicerías etc. etc., y siempre está con la cara llena de mugre y con los vestidos, unas veces hechos jirones y otras llenos de remiendos chillones, que le dan un aspecto carnavalesco. No puede estarse quieto ni un solo instante; tan pronto está en una caja de fierro en compañía de sus hermanos, como en las manos de una maritornes melindrosa ó en la

punta del pañuelo de una vieja avarienta; es un verdadero bohemio, un vagabundo.

Yo le tengo lástima y lo quiero: sus locuras y calaveradas me dan risa. Pobre rapazuelo!!

EL BILLETE DE 20 CENTAVOS.—Hé aquí otro mozo bien calavera—aunque no tanto como el billete de 10—que sale á la calle con alguna frecuencia y la *parrandea* de lo lindo. Tiene un aspecto muy serio, parece un abogado de esos que viven con el vestido lleno de grasa y haciendo una cara como si estuvieran comiendo limón....; con la diferencia de que el billete, á pesar de su mala cara, charla y se desviste, cosa que no hacen los tales *dotores* porque creen perder algo de su genio. Es un buen muchacho que no le hace mal á nadie.

EL BILLETE DE 50 CENTAVOS.—Este sí que es un tipo bien extravagante y orgulloso. Cree ser más que los demás; vive mirando á todo el mundo con un aire de compasión mezclado de desprecio, y no sabe lo que se rien de él sus compañeros pequeños; dicen que mantiene la cara pintorreada de rojo ó de verde como un comediante de provincia, y en verdad que tienen razón, porque es muy feo. Le gusta adular á los más grandes que él, como se estila en esta tierra. Es un chico bien odioso, lo detesto.

EL BILLETE DE 10 REALES.—Vaya un gomoso! Es un afeminado simpático, que viste á la moda aunque con alguna exageración; todo el mundo lo quiere bien, porque es afable con todos menos con los pequeños, con los cuales tiene algunas veces sus repiqueteos, pero esto se le tolera á causa de su mala cabeza—¡ que la tiene mala de serio! —á juzgar por los negocios un poco vergonzocillos, que hace. Es un chico á quien le gustan los amoríos.

“Él merece que yo sea su amigo.”

LOS BILLETES DE 5, 10, 20 y 50 PESOS.—Ved unos señores bien serios. Es gente que se viste muy bien y á la moda. No les tengo bastante cariño, porque tienen alguna vanidad; pero me infunden respeto, pues son personas de mucha influencia. Contribuye mucho á que yo no los mire con muy buenos ojos, el ser ellos muy esquivos á mis caricias; tampoco me visitan nunca. Son muy retrecheros los tales señores.

EL BILLETE DE 100 PESOS.—Oh! rey de la turba *billetil*, yo te saludo, porque eres grande y poderoso como el que más. Cuando te veo con tu alba vestimenta adornada de azul y amarillo, no puedo menos de exclamar doblando una rodilla en tierra y descubriéndome la cabeza:—Gloria al rey inmortal de los billetes!

¡ No tienes idea, príncipe rubio, de lo que gozo cuando te miro pavonearte ufano y gallardo por ahí en los mostradores de mármol!

Con qué donaire arrastras la rica capa! Da gusto verte.

Contigo no guardo rencor porque no me visites; pues veo muy claro que los reyes no deben tener cuentas con tristes pichones de literato; á tu trono no deben llegar sino los poetas de lirras de oro, para cantar tus hazañas.

Admiro tu justo orgullo; eres grande y poderoso.
¡ Salve al rey que lleva el número 100 !

LEÓN BEL.

Medellín—1896.

— ❖ — ❖ — ❖ —

CREPUSCULAR

En los repechos distantes
De la abrupta serranía,
Retoza el último lampo
De la lumbre vespertina.
Por la ventana entreabierta,
Como rondas fugitivas
Salen confusas plegarias
Que va llevando la brisa,
Y llegan á mis oídos
Sus músicas argentinas,
Como el sonido lejano
De alguna incógnita dicha.

A los pies de la cabaña,
Por los montes repetida
Truena la voz del torrente
Que entre las rocas se agita
Y se revuelve espumoso
Bajando en rauda caída :
Es el rebelde que ataca
Su negra cárcel granítica;
Es el coloso que, en vano,
Febricitante delira
Por desasirse del peso
Que en sus espaldas gravita.

*

Se confunden las plegarias
En mística despedida,
Cual vago y dulce murmullo
De la tarde que suspira,
Tan tenue que se deshace
En las alas de la brisa;
Mientras la voz del torrente
Que entre las rocas se agita,

Como viviente protesta,
 Ruda y fantástica vibra.
 Yo escucho absorto sus gritos
 Cuando la luz se retira ;
 Pues también mi pensamiento
 Empeña luchas bravías,
 Como el rebelde que ataca
 Su negra cárcel granítica.

TOMÁS QUEVEDO ALVAREZ.



DEL ARTE

La poesía forma parte de los pueblos; es un modo de su actividad y los sigue en su camino. Los cantos de los poetas en las diferentes edades y vicisitudes de la nación á que han pertenecido, reflejan algo del estado en que el espíritu nacional se hallaba en el momento en que surgieron.

El carácter, las inclinaciones, todo lo que forma la nación se ve en la poesía; mientras un pueblo canta, vive; los pueblos muertos no tienen voz; por eso en las soledades de la Asiria y del Egipto, no se ve más asomo de poesía que el relato contado por un viejo indolente, falto de vivacidad y entusiasmo, y que siempre versa sobre asuntos viejos como las arenas que pisa; es que esos son pueblos muertos, es que son restos de pueblos que el viento de las edades desbarata como los últimos bastiones de un poderoso castillo derruido siglos há, que desmoronan lluvias y vendabales.

La influencia que los sonidos de la lira ejercen sobre los pueblos, es cosa ya muy estudiada y analizada y sentida. El poeta es el intérprete del sentimiento de su patria; sus dedos pulsan las divinas cuerdas, pero el alma nacional es la que imprime sér á las pulsaciones; en general, el poeta es sólo el órgano por medio del cual el gran cuerpo expresa sus sentimientos. Por eso son correlativos la situación y el canto que en ella se entona. Por eso la historia nos enseña costumbres, ideas, doctrinas, dolores, entusiasmos, glorias y decadencias tomando sus informes del canto del poeta, y sabida aquélla de cualquier fuente, conocidos esos dolores, ideas, costumbres, al leer las poesías contemporáneas se ve en sus versos su influencia, se les ve reflejarse por decirlo así. Ejemplos están de sobra: es el Dante, sin recordar la edad antigua, que deja traslucir doquiera el estado de agitación que correspondió á las luchas de Güelfos y Gibelinos; es el Tasso que toma toda su inspiración del

entusiasmo religioso que se abre cauce en forma de muchedumbres lanzadas á la conquista de reliquias del cristianismo, presa de los turcos; es Camoens que mira absorto la faz de la tierra duplicarse y transformarse por los descubrimientos, y da á luz su poema imperecedero; es Quevedo que caracteriza la gracia cáustica española, se cala los espejuelos y, la sonrisa en los labios, azota con sus candentes epigramas las disoluciones y ridiculeces de la corte española de Felipe IV; y tantos y tantos otros, hasta parar en Rouget de L'isle, que ebrio con la última botella de vino de una bodega, pero más ebrio aún con las efervescencias borrascosas y deslumbradoras de la más grande de las revoluciones, entona la soberbia Marsellesa, himno especial para los insurrectos de su patria, que se hace extensivo á cuantos en el porvenir hayan de levantar la voz proclamando su derecho, y la mano, faltos de toda reverencia, para tomar por fuerza lo que, suyo de hecho, se les suprime ó arrebatada y de grado no se les quiere devolver. Tal es la poesía en la vida de la humanidad; pudiera decirse que las fibras poéticas son el sistema nervioso moral de la especie, que guarda bajo la forma de estrofas al través de los tiempos, la marca de las sensaciones de cada momento de la vida.

Mas no se limita á ese papel pasivo la poesía en la historia de la marcha del mundo: que también corresponde al genio poético, dotado de la propiedad de hablar al alma—á las capacidades íntimas y extraordinarias del sér superiormente organizado—levantar las fuerzas decaídas, encender el entusiasmo en los corazones apagados, dirigir la mirada universal á los grandes luminares del horizonte de la inteligencia y del carácter, desviándola de las abyecciones y bajezas que, como simas tenebrosas, se encuentran en el camino de la vida.

Allons enfants de la Patrie

no es quizá tanto la frase que resume los entusiasmos y arrebatos de Francia guerrera y Francia revolucionaria, cuanto la que los corona y completa; la que como soplo poderoso de algún gigantesco fuelle, determina la completa ignición, la completa conversión en fuerza viva, en energía activa, hasta de las últimas partículas del corazón de los patriotas de 1789. Y como fuerzas en actividad, como seres provistos de una acción especial que determina ciertos fenómenos, entusiasmo ú otros, en el cerebro de las multitudes, fenómenos que representan valor inestimable para la humanidad y las grandes causas por que ella lucha, son los poetas dignos de mayor estimación que bajo cualquiera otro aspecto que se les considere; y por eso, si vemos grande la figura del Víctor Hugo de Las Orientales ó Las Hojas de Otoño, no podemos mirar al Víctor Hugo que azota con su cólera terrible

los hombres del 2 de Diciembre y al que hace vibrar su acento por sobre el estampido de los cañones alemanes, sin sentirnos deslumbrados por semejante radiación. Byron cantando sus di-
soluciones en Newstead Abbey, jamás iguala á Byron entonando himnos á los griegos oprimidos, sosteniendo el patriotismo heleno á un mismo tiempo con la cítara y la espada.

Y cuando se atraviesa una época de marasmo, cuando un veneno político, social ó religioso difundido en la atmósfera nacional hace sentir su influencia, cuando hay un adormecimiento que hace inclinar la cabeza á los más fuertes, en fin, cuando es deber de todo hombre hacer algo por la renovación del aire, por la vivificación del organismo, entonces hay un fin qué dar á las estrofas; el poeta como todos puede hacer su parte en el trabajo de elevación: él con su acento valeroso puede enardecer á muchos y aumentar en todos el aliento. El tono de sus cantos, ese, él sabrá darlo: que haya grandeza y fuerza en las ideas, que el acento sea poderoso y que una convicción vigorosa sea el alma de los versos—una convicción de las que inspiran envidia, de las que se desea poseer semejantes. No son los tiempos, ocurre al pensamiento, propios para abrigar entusiasmos y convicciones grandes; hay sobre nuestras cabezas una onda vibrante de pesimismo que hiela unos y otros; el mal impera. No importa: del mismo hielo, por reacción, debe surgir el calor; si el pesimismo se impone, si es ilusión nebulosa considerar la vida diferente, queda siempre la verdad aceptada de la lucha indispensable; sea cual fuere el resultado final, luchar es deber y, ¿por qué no abrigar la duda? al fin quizá pueda ser el mal vencido; además, si el esfuerzo continúa en todo otro terreno, si todo otro instrumento de labor es arma al mismo tiempo, ¿habrá de consagrarse la lira á llorar la desgracia universal y maldecir la injusticia é inclemencia de la suerte? Nó, en manera alguna; el papel de plañidera sería un triste papel para la musa que ha inspirado cantos para los guerreros, para los conquistadores y—lo que es más bello—para los defensores de grandiosas causas. Son buenas las endechas lloronas, ó nó? Buenas nó; son naturales: si el poeta es un órgano de expresión de sentimientos, el lloraré cuando la ternura invada los corazones; pero como el sufrimiento ha de persistir mientras exista el sistema nervioso, y es preciso continuar la obra haciendo, ó poco menos, caso omiso de él, y al poeta como á todos corresponde su parte de labor positiva, no está mal que busque en su garganta otro acento que el del sollozo, tan poco de acuerdo con el espíritu moderno.

Los momentos que se alcanzan no son buenos para trovas melancólicas y melancólicas, sino todo lo contrario; los ánimos—ya hir-

vientes—requieren más calor sea cual fuere su fuente; las lágrimas por lo que pasó, por las Arcadias ya sepultadas junto con otras fábulas, no tienen valor; no se trata de reedificar esos edificios de la primera edad sobre cuyas ruinas—majestuosas si se quiere, pero sólo ruinas—pesa el polvo de una serie de siglos y que hoy alumbran como á simples curiosidades las luces de la ciencia y la razón. Y no es lo peor el llanto, sino que aún hay quién llama “fábrica sublime” lo que es terreno árido sembrado de pedazos aislados y sin figura, y aún hay quién llama en su auxilio como á algún ángel protector hercúleo, ese esqueleto cuyos huesos en parte han desaparecido, y cuyo resto la brisa sacude, sin que apenas sea capaz de asustar su medrosa oscilación á los niños, ya dotados de razón suficiente para no temerlo. Los que tal hacen, son por supuesto de aquellos testarudos y empecinados que jamás entrarán en la razón, ya que empiezan por negarla; á ellos, naturalmente, no nos dirigimos; no nos cuidamos de su entusiasmo por las sombras y evocaciones, y nos limitamos—al mirar el conjunto de inteligencias cuyo trabajo práctico resuena—á observarlos como una de tantas figuras raras que contiene el mundo.

Mas á aquellos que tienen apenas la lira en la mano para empezar á tocarla, á aquellos que la pulsán ya y arrancan valientes tonos de sus cuerdas, á esos sí gritamos con calor: ¡Adelante! ¡Evocad los acentos estruendosos de Tirteo y en vez de daros á la lúgubre é inútil queja, ó consagraros á tocar el blando caramillo pastoril, arrancaid sonidos de poderosa onda sonora á la bélica trompa y tañed también, siempre con acentos viriles, las cuerdas que corresponden á otras que vibran en el corazón con dulce sentimiento!

No es, como pudiera alguno creerlo, una tendencia de edades caballerescas la que anima tales palabras; no, que no se trata de cantos guerreros que inspiren exclusivamente las hazañas de la espada y de la lanza; son tan solo acentos luchadores y enérgicos que estimulen en vez de relajar las cuerdas orgánicas, y en todo caso, el excitante alboroto de la marcha patriótica más bien que las cadencias adormecedoras de las salmodias medioevales. Hoy las aventuras sangrientas son, en el viejo mundo, contingencia que provoca la codicia de mercaderes ambiciosos ó venganza de los hambrientos y haraposos contra los que cubren de púrpura su repleto vientre, y en el nuevo, incidentes en la marcha de la educación; cursos universitarios pudiera decirse.

Si hay deseo de contradecir, si se quiere ver desde otro punto de vista que el verdadero nuestro empeño en que predomine el tono valiente sobre el llorón, que se piense en lo con-

trario, que se haga cuenta de un pueblo cuyas revistas literarias, cuyos libros de versos, todos, contengan suspiros, lágrimas y sollozos, y se tendrá idea de algo como la alcoba que habitan los niños en las casas en que abundan éstos, en momentos en que una negativa de confites ú otro accidente del estilo, pone en juego la sensibilidad excesiva de los pequeños, con grave detrimento de la belleza de sus rostros por una parte, y de los oídos circunvecinos por otra. Ahora, un pueblo cuyos sentimientos expresados por los poetas, aparecen tales, que semejan los que reinan en la sala de lactancia de un hospicio, ¿podrá aparecer como un pueblo enérgico y digno? No nos parece. La figura de un hombre cuyas lágrimas asoman, provoca risa ó lástima, lo mismo con la colectividad. Y cuando las lágrimas no son sólo por pesares amorosos, ternuras femeniles y motivos de la laya, sino, como hemos anotado arriba, por cosas viejas, edades ya perdidas, momias y fósiles, entonces no se trata de sensibilidad infantil sino más bien de locura; que no extraña se considere pérdida lamentable, ocasionalmente, la desaparición de épocas que se tienen por haber sido más felices ó la de costumbres que un tiempo fueron bellas y buenas, pero que ya no se volverá á implantar; pero sí da idea de poca solidez de cabeza la consagración de una vida y una capacidad á semejante lamentación.

Y en fin, va para que se compare el respectivo valor de las "maneras poéticas" que tratamos, dos muestras que son genuinas representantes de las dos tendencias; la una, son estrofas tomadas de un canto enteramente propio del carácter del momento, un canto, bajo cuyos contornos armoniosos, bajo cuyas líneas suaves se deja ver, permitidme la expresión, el músculo vigoroso del luchador, vedlo si no:

Nuestra fe liberal aquí se temple,
 Con orgullo contempla
 De la razón la fuerza vencedora;
 Y ve lucir en lontananza el astro
 Cuyo tranquilo rastro
 Será del mundo inacabable aurora.

.....

 La nada nó: la ciencia también crea;
 Devastadora tea
 Es ella para el mal y la mentira,
 Mas en el árbol que á su sombra crece
 El céfiro se mece
 Y entre sus hojas plácido suspira

.....

Todo la ciencia en su rasero mide;
 Por todo el mundo pide
 Razón de ser, exégesis, cauciones,
 Y crece en fuerza, magnitud y brío
 Cual impetuoso río
 Y aguja en la carrera sus bridones.

.....

Esas son estrofas en que palpita la energía, en que bulle la convicción del hombre que se empeña en ser fuerte, en luchar con el mal y vencerlo algún día y encadenarlo. Ved ahora ésta que un gran poeta dejó escapar, con otras, en un momento de frío, de laxitud y bajo el dominio de melancólicas reminiscencias:

¡Ay! no recuerda el ánimo suspenso
 Un siglo más inmenso,
 Más rebelde á tu voz, más atrevido;
 Entre nubes de fuego alza su frente
 Como Luzbel potente
 Pero también como Luzbel caído.

Es una estrofa bella como tal, pero impregnada de una tendencia á la protesta contra el que justamente se ha llamado "siglo de las luces", que no se puede menos de lamentar, sobretudo en tratándose de un astro de primera magnitud del cielo poético del presente. El no se inclina en ese sentido de ordinario, que por lo general tiene su grito vibraciones de catarata; pero alguna vez, como la citada, se ha permitido de esos mohines aflictivos que tan mal hermanan con la potencia grandilocuente de la generalidad de sus producciones; póngase por ejemplo la estrofa apuntada y el poema todo á que pertenece, al lado de la "Lamentación de Byron", esa pieza magistral—diga lo que quiera Valbuena—en que interpreta con esplendorosa versificación los sentimientos del bardo inglés que ayuda á los descendientes de Temístocles y Leonidas á defender su patria. Compare el lector y juzgue:

XLVI

Lanzas te den tus bosques, tus cadenas
 Hierro para luchar, las tempestades
 Su furor, y el recuerdo de tus penas
 Odio mortal para que no te apiades.
 Convierte tus peñascos en almenas,
 Tus campos tala, incendia tus ciudades,
 Y si ser grande y respetada quieres,
 De ti no más la salvación esperes.

XLVII

Recuerda ¡oh Grecia! los antiguos hechos
 De tus hijos magnánimos y bravos,
 Y reconquista sola tus derechos
 Sin fiar en latinos ni en esclavos.
 Cubra la cota bélica tus pechos
 Cansados ya de amamantar esclavos,
 Y el rayo destructor tu diestra vibre,
 Que quien sabe morir, sabe ser libre.

.....

.....

LXII

.....

¡Feliz mil veces él! ¡Cuán placentera
 Con blando afán, en la cercana orilla
 Le aguardará quizás su compañera
 Inocente como él, como él sencilla!....
 Ay! ¡Quién me espera á mí?... ¡Grecia me espera?...
 Doblo ante su infortunio mi rodilla,
 Y mientras lleve presa y desgarrada,
 Lira, ¡déjame en paz!.... Venga una espada!

Por último, y en este caso sí es el contraste bien completo y es la muestra del género bien pura y genuina, ya que se trata de uno de esos que nombrámos atrás "que jamás entrarán en la razón ya que empiezan por negarla", vamos á reproducir algunas líneas tomadas de una larga y pesada versificación que ha rodado por ahí en una revista (la Colombiana) * bajo el nombre de "Los malos versos" y cuya tendencia general, satírica, es realmente laudable, puesto que se trata de defender el cercado poético de las incursiones de esa especie de hortelanos que llevan á él, no plantas útiles y hermosas, sino mil y mil especies de maleza dañina sobremanera, pero que saliendo del terreno simplemente literario, va por allá á la miés política á esgrimir su hoz con lamentable resultado. Trae la versificación como firma un seudónimo que se nos figura puesto por vanidad y pretensión, más bien que por desconfianza, timidez ú otra causa. Para la comparación que nos proponemos, entre esas ideas rancias que lamentan tiempos soterrados y las ideas vigorosas propias de la moderna edad, hacemos un recorte:

.....

No así en naciones de latina raza :
 La libertad de degradarlo todo
 Se alza proterva, y triunfa y se corona.

(*) *Revista Colombiana*, Tomo I. entregas II. y III, Octubre de 1895
 imprenta de vapor de Zalamea Hs. Bogotá.

De la prensa divídense el imperio
 La lisonja servil, la atroz calumnia,
 Maligno cuento y vaciedad canora.
 Huye el talento, ó con la audaz gavilla
 Vese mezclado en carnaval grotesco.—
*O vuelve el mundo á la censura previa,
 O tornará de fijo á la barbarie.*

En primer lugar, la Libertad; claro, el sol que alumbra el universo de las ideas modernas, es ese, y para él es la primera enemistad; él alumbra, su luz consuela, pero á algunos hiere, y éstos se dan á la tarea de odiarle y aun tratan de apagarlo. Cualquier cosa es buena, cualquier lodo se recoge y en cualquier parte, para hacer una mancha en la faz del luminar; del terreno de una sátira literaria, va un puñado de tierra; él no hará daño al astro; apenas sí, volverá á caer sobre los ojos de quien lo arroja, para acabar de oscurecerlos, de irritarlos, de hacerles cada día más intolerable la luz. En cuanto á esas dos últimas líneas, no las comentamos ni hacemos otra cosa que estamparlas, pues aunque sí nos sentimos capaces de combatir la idea que encierran—no obstante nuestra pequeñez—hay circunstancias de todos conocidas que nos cierran la boca y nos ponen de antemano á merced de cualquiera de los groseros á sueldo que por ahí pululan. Dígase sí, si no tienen al lado de las tres estrofas primeras que citamos, el aspecto que pudiera una pesada diligencia de ahora tres siglos, tirada por escuálidas bestias, ó una lerda mula de carga de nuestras montañas, tratando de dar alcance á una locomotora lanzada á todo vapor.

Miramos esa idea—sin contar otras que allí mismo andan—con la desconfianza con que un viajero solitario y desarmado, viera el cañón de un fusil asomar por entre las breñas de un bosque mal afamado que transitara.

S. RESTREPO.

Medellín, 1895.

COSAS VIEJAS

I

LUCHADOR

La vena hinchada que el vigor colora,
 El músculo fornido que se crispa,
 Ojos que lanzan fulgurante chispa,
 Chispa que hiere y al herir devora.

Con la impaciencia su furor redobla,
 Pero aguarda hasta el fin; él no es villano;

El es como su acero toledano :
¡ Puede quebrarse, pero no se dobla !

Nada le importa si la carne cruje
En medio de la lid devastadora :
¡ No está en su pecho el corazón que llora,
Que allí se mueve el corazón que ruga !

II

DESCALZA.....!

He mirado tus piés que sin recelo
Acarician el campo,
Libres de su prisión de terciopelo
Y heridos por un lampo
De luz de primavera ;
Y he dicho entusiasmado
Viendo tu pié rosado
Que gentil se desliza en la pradera
Como en el lago azul tranquila balsa :
—“Enrédame en tus brazos ; oh hechicera !
Y dame con tus piés, así.... ¡ descalza !

1896.

CARLOS ESPINELA.



FRUTOS DE MI TIERRA

I

—Has leído la novela de nuestro antiguo discípulo,
de nuestro buen amigo Tomás Carrasquilla ?

—¡ Qué la había de leer, hombre ! Te parezco, pues, muy
mogollo ? ¡ Es seguro que iba á dar yo tres pesos chiquitos por
las cuatro majaderías de un santodomingueño, á quien conocí
naranja, y á emplear en leerlas el tiempo que pudiera aprove-
char en leer alguna de las novelas de Pérez Escrich, mi autor
predilecto....!

—Pues en cuanto á mí, te lo digo con franqueza : la com-
pré y la leí desde el principio hasta el fin, y abrigo la convic-
ción de que jamás había empleado tan bien mi dinero y mi
tiempo ; porque has de saber que los tales “Frutos de mi Tie-
rra”, son el más exquisito que haya podido servírsele al intelec-
to humano en estos últimos tiempos, y Carrasquilla es hoy un
autor á la altura de Pereda, Pérez Galdós, Pardo Bazán, etc.
Carrasquilla es, lo repito, digno discípulo de Zola, y nada ten-
dría de extraño que con el tiempo pudiera llegar á igualar y
hasta á aventajar al maestro !

—Yá me suponía yo que ibas á salir con tus exageraciones acostumbradas, y por eso las recibo sin inmutarme. ¡ Conque Carrasquilla novelista á la altura de los que has nombrado, y con esperanzas hasta de superarlos! Estamos frescos! Decididamente tienes un temperamento excepcional y andas siempre por los extremos: Ten cuidado!

—No ignoro la verdad de lo que dices con respecto á mi modo de ser: sé que mi amor y mi odio no tienen límites, pues consideraría poca cosa sacrificar mi vida por lo que creo grande y digno, y no quedaría contento con la sola destrucción de lo que juzgo bajo y vil; pero creo no equivocarme en lo que se refiere al libro de que se trata. Por qué? Porque, en primer lugar, todos los que lo han leído, dicen que es una maravilla; y porque yo mismo lo he encontrado tál. Mira: yo en materias literarias puedo decir sin jactancia lo que con relación á empanadas decía aquel paisano tuyo: “no las sé hacer, pero no ignoro dónde las hacen buenas.”

—Válgame Dios, estás *desequilibrado*, has perdido el juicio, estás *frío*! Por lo que me decías hace un momento, comprendo que estás empapado en la lectura de lo que ha dado en llamarse literatura realista, la más boba y fofa del mundo; la que pinta las escenas de la vida ordinaria y de la gente común; la que no tiene dares ni tomares con los reyes, príncipes, condes, marqueses; la en que no se tienen para nada los duelos, el punal, el veneno; la que. . . .

—Pero grandísimo bruto, dime: ¿se escribe, sí ó nó, para el público? ¿El público se compone sólo de reyes, príncipes y demás gentes de la laya? ¿No ves que esos sujetos están en ridícula minoría, que hablan un idioma que nadie entiende, que viven una vida enteramente artificial, que todo en ellos es postizo, y que pronto desaparecerán, no obstante los esfuerzos que hagan las gentes que—como tú—tienen el cerebro lleno de pura paja?

—Alto ahí, mi buen amigo: comprendo tu entusiasmo y hasta alabo la ruda frauqueza con que lo expresas, porque—sea dicho entre los dos y en mucha confianza—jamás te he creído hombre de muy ejemplares costumbres ni de seso muy cabal; pero nadie me hará creer que sea bueno presentar en letra de molde todas las hediondas desnudeces de las gentes vulgares, y mucho menos el emplear—para pintárnoslas—el mismo soez lenguaje que esas gentes usan. Por pura y no disculpable curiosidad leí una vez “La Tierra” de Zola; y te juro que todavía siento asco y vergüenza. . . . De manera que si Carrasquilla ha dado en seguir las huellas de semejante maestro, desde ahora digo que su novela merece quemarse y que él irá á parar al presidio, si es que yá no está allá.

—Acertaste, grandísimo zoquete! Carrasquilla está actualmente en el Presidio que dirige hace siglos el inmortal autor del Quijote, y en el cual arrastran la envidiable cadena los

afortunados mortales—bien pocos por desgracia—que fueron verdaderamente hechos á imagen y semejanza de Dios, pues llevan en su cerebro un rayo de la inteligencia divina, y no un atado de tripas como tú y yo; y también es cierto que su novela ha sido quemada, si se ha de juzgar por lo pronto que se consumieron los ejemplares que de ella vinieron á las librerías de esta ciudad. Si no fuera porque te conozco y sé que eres tan ajeno á la envidia, como á toda idea de buen gusto literario, habría de creer algo muy malo de ti; pero como no me es desconocido el pié de que cojeas, voy á hacerte la caridad de sacarte del grave error en que yaces. Leamos, pues, en amor y compañía los para mí nunca bien ponderados “Frutos de mi tierra”; y á medida que los vamos leyendo, yo te iré haciendo notar las grandes bellezas que encierran, que—como verás—no son pocas.

—Hágase tu voluntad, me resigno; pero dime: ¿se ofenderá nuevamente mi natural pudor, como cuando leí la maldita *Tierra*?

—No tengas cuidado absolutamente. La novela de Carrasquilla pueden leerla sin temor hasta las más pintiparadas damas de nuestra sociedad; y no es ciertamente porque en el libro no se tratan las más peliagudas cuestiones, sino porque Carrasquilla lo hace con tan excepcional delicadeza, que en eso precisamente, es en lo que á mi modo de ver aventaja á todos los novelistas de la escuela de Zola.

II

Tres días después de haber terminado la lectura de la novela de Carrasquilla, recibí de mi amigo—del discípulo de Pérez Escrich, del que no consideraba que fueran dignos de leerse los libros que no tratasen de reyes, príncipes, duques, condes y marqueses, puñales, duelos, suicidios y venenos—una carta que en lo conducente dice así:

“..... Tienes razón, yo estaba ciego: el maldito *santodomingueño se ha lucido*, y apenas cumplen con su deber los que hoy lo felicitan y agasajan. La trama de su novela es admirable por su sencilla naturalidad y por lo cómodamente que dentro de ella se mueven, hablan y obran los distintos personajes; éstos son verdaderos tipos sociales, cuyo carácter se sostiene desde el principio hasta el fin, á quienes todos conocemos y con quienes tropezamos día por día en todas partes; hablan el idioma que les es propio y obran siempre lógica y consecuencialmente. Son tan verdaderos, tan comunes y tan conocidos los tipos que pinta Carrasquilla, que—sin ir muy lejos—te diré que yo tuve una novia como Pepa Escandón, y tengo unos suegros como los padres de ésta y muchos amigos por el estilo de César Pinto; en mi casa hay una negra cocinera igual á la ocurrente Bernabela, la que pone á su amo el ejemplo del Santo Job, la

de las maliciosas chispeantes reticencias del *pecao callao*; conozco *jamonas quedadas* como Filomena, y he sido testigo de matrimonios tan desastrosos como el suyo. De Agustines, está llena esta ciudad; y entre mis amigas hay muchas Bermúdez, Palmas, Minas y Minitas, así como entre mis amigos hay muchos viejos é impertinentes como don Pacho Escandón; y por último, te diré que fui condiscípulo de Martín Gala, de Mazuera y del Dr. Cañas-gordas, y comensal de las *Viejas*, y hasta devoto muy fervoroso del Divino Rostro y de la Virgen del Perpetuo Socorro que éstas tenían en su dormitorio, devoción que recuerdo hoy con dolor, no por haberla tenido sino por no haber sabido conservarla. . . . eran tan dulces esos tiempos! Pero lo que admiro más en Carrasquilla, es su enorme talento descriptivo, y la difícil facilidad con que salva los más puntiagudos escollos. Sirva de ejemplo de esto último, el modo como nos da á entender la no nada limpia enfermedad que padeció—recién venido de Bogotá—el joven César Pinto; y en cuanto á lo primero, ahí están las magistrales descripciones de la pulpería de los Alzates, del Cucaracho, de las bodas de Martín Gala y Pepa Escandón, del retrato de éstos, de las cuarenta horas en San José, y mil más que pudiera citar. Pero por sobre todas éstas, ahí está la insuperable en toda especie de belleza, la que debería aprender de memoria todo buen antioqueño, la de lo que es una plantación de maíz. Esta descripción es, en mi humilde opinión, el inestimable diamante que más ostentosamente luce en la hermosa corona que Carrasquilla acaba de colocar sobre las sienes de esta querida tierra antioqueña, tan grande por la nobleza y el talento de sus hijos, como interesante por las riquezas que esconde en sus entrañas de oro!

“Las ansias amorosas de la amartelada Filomena, descritas magistralmente en el Capítulo titulado “Leña seca,” son en extremo notables, pues más que en ninguna otra parte de la novela, se ve ahí el profundo conocimiento que el autor tiene del corazón humano, y se palpa el talento con que maneja los asuntos delicados. . . .

“Concluiré diciéndote que soy ahora más *maicero* que el mismo demonio y que en mi vida volveré á leer á Pérez Escrich y á los de su *camada*. Tuyo: X.”

Yo, por mi parte, sólo diré: Dios dé á Carrasquilla vida larga y salud cumplida, á fin de que continúe honrando, deleitando é instruyendo á estos sus paisanos, entre los cuales hay tantos que—como Agustín Alzate—trabajan toda la vida, atesoran y atesoran dinero y, en fin de fines, resulta que. . . . no aciertan para qué sirve!

¡ Viva Santodomingo! ¡ Viva Antioquia!

Medellín, Marzo 23 de 1896.

GABRIEL MEJÍA.

BAJO RELIEVE

(RUBÉN DARÍO)

Para *La Bohemia Alegre*

—Que improvise el poeta! Que improvise!
 Gritó la muchedumbre estusiasmada;
 Tomó la lira, suspiró doliente
 Y, apurando una copa de champaña,
 Habló del mundo, habló de los placeres,
 De amores, de ilusiones, de esperanzas....
 Mas, al decir un nombre,
 Rompió la lira....

En abundantes lágrimas
 Deshecho su pesar brilló en sus ojos,
 Y.... aplaudieron sus necios camaradas!

GERMÁN B. GUTIÉRREZ.



JUAN PABLO RESTREPO

Cumplir la misión que le fué dada por Dios para llenar en el mundo; propender en grado máximo por el adelanto general de una patria y por el bienestar y la felicidad de muchas individualidades; luchar por sí mismo con el ahinco de un forzado en busca de una perfección moral basada en las verdades cristianas que de niño aprendió; pelear durante más de cuarenta años reñidas batallas en desagravio de la Justicia y de la Libertad y de su fe: hé aquí en concreto la vida de Juan Pablo Restrepo.

Cuando Colombia pueda contemplar la aparición rara ó fenomenal de otros hombres como Restrepo; cuando los sepa comprender y honrar; cuando un grado supremo de imbecilidad y de abyección no nos haga posponer el mérito al dolo y á la perfidia; cuando la sombra de Restrepo no se haya borrado aún en el Foro y en la Ciencia; cuando la virtud, y el saber, y la inteligencia, y el carácter y la justicia vayan hermanados en muchos hombres, así como lo estuvieron en Restrepo.... entonces, y sólo entonces, se podrá dejar de mirar sin terror el porvenir de la Patria; y el grito del desesperado, el *sálvese quien pueda* no se escapará de nuestro pecho.

Escasos son los ejemplares que de su seno presenta la humanidad, acabados y perfectos hasta donde los hombres pueden serlo.

Por eso la noticia de la muerte de Juan Pablo Restrepo, ha conmovido generalmente: porque Juan Pablo Restrepo era uno de esos raros ejemplares, y uno de aquellos tipos raros, que sólo con el intervalo de muchos años se presentan.

José Manuel Groot, Ricardo Carrasquilla, José Joaquín Ortiz, Juan Pablo Restrepo: son estos cuatro tipos de esos de que antes se habló. De un mismo temple, fundidos en un mismo molde, su reemplazo será tardío en Colombia, y difícil. Merecieron bien de la Patria, y todos ellos bajaron al sepulcro con el corazón más ó menos henchido de desengaños.

Marzo 7 de 1896.

SEBASTIÁN MEJÍA V.



HELECHOS

A Carlos Espinela.

I

Dicen que eres muy niña todavía,
Que amor de niña y niebla, son lo mismo,
Y yo sólo respondo, vida mía,
Que así te adoro, exenta de falsía,
Y no pienso en tu fe de bautismo.

II

Cuando á mi pobre madre
le dije ¡Adiós!
juré que ella sería
mi único amor;
mas si te veo
olvido, niña hermosa,
mis juramentos.

III

Juntó á las dichas están las penas,
Todo es contrastes en este suelo:
Por eso hay cunas de harapos llenas
Y hay ataúdes color del cielo.

IV

Yo tengo dos amores que me alumbran,
Porque es luz el amor:
El amor de mi madre, que es luz de estrella;
El amor que te tengo, que es luz del sol.

V

La primera mujer, la linda Eva,
 Se comió la manzana, por curiosa,
 Y la Eva del siglo diez y nueve
 Se come la manzana, por golosa,
 Y por eso en la gente femenina
 Todo es curiosidad ó golosina.

VI

Allí en aquel oscuro
 anfiteatro
 estaban un cádaver
 descuartizando.

Y decía un marido
 á boca llena:
 ¡Qué bueno si el difunto
 fuese mi suegra!

VII

Tengo un secreto aquí que me sofoca;
 ¿Quieres que te lo diga? pues escucha:
 Para olvidarte, mi pasión es mucha;
 Para casarme, mi pasión es poca.

VIII

Óyeme, niña preciosa:
 quisiera, en loco embeleso,
 quitar de tu faz hermosa
 ese lunar....con un beso!

IX

Luchó, y vencido por la adversa suerte
 en la ruda batalla de la vida,
 cogió el arma homicida
 y sin pensar en Dios, se dió la muerte.
 Dices que eso sucede cada rato?
 ¡Alma mía! por eso no me mato!

JULIO VIVES GUERRA